

Una enorme rayuela, una piedrita y un pequeño clavo

Joaquín-Armando Chacón

para Ignacio Solares y Myrna Ortega

Una noche antes estuvimos hablando de él, como quién se platica de ese camarada que nos ha acompañado en buena parte de la vida. A ella, por aquellas calles de su Buenos Aires y los salones de la Universidad y en la maleta de su viaje, imposible dejar ese libro, y a mí en las madrugadas, los amaneceres y los recorridos de aquella Cuernavaca y después en el regreso a la Ciudad de México. Hablábamos sobre él y sobre su libro, tan impregnado uno del otro que cuando cualquiera se atreve a irse internando en sus páginas va contaminándose de su espíritu, con su zona lúdica y la necesidad de mirar hacia atrás y hacia delante con los ojos de un gato. Recordábamos en el estudio algún capítulo de su *Rayuela* y de vez en cuando citábamos alguna de esas frases que se le pegan a uno en la piel (“Andábamos sin buscarnos pero sabiendo que andábamos para encontrarnos”, “Déjame entrar, déjame ver algún día cómo ven tus ojos”), y yo miraba los ojos tristes de Cortázar en la fotografía de Rogelio Cuéllar, enmarcada y sujeta a la pared en un sitio especial, y dije que deberíamos estar tomando yerba mate en lugar de vino tinto. Ella recordó cuando fuimos a conocerlo, en el Palacio de Minería: allí estaba, alto y barbudo, un chaquetón de color crema de bolsas grandes y unos libros en una de sus manos. Imposible acercarsele, absurdamente lo protegían funcionarios y burócratas, lo apartaban encerrándolo en una isla para él confusa desde donde se distraía mirando con algo de ansiedad hacia cualquier parte, a las escaleras, los vitrales, las altas paredes, el arremolinarse de la gente allá abajo, el cerco absurdo a sus lectores. Qué estupidez, nos dijo Héctor García abrazando su cámara fotográfica, se nota que está intranquilo, impaciente. Y ella, Nilda, se lanzó al frente con resolución, ni quien se atreviera a impedirle el paso y se plantó frente a él y el Julio inclinó la estatura y se puso a escucharla, sonriente. “Mi generación creció allá en la Universidad de Argentina leyéndote”, le dijo Nilda, “y por supuesto que te queremos mucho”. Héctor García preparó el obturador, la distancia y el objetivo y puso a funcionar la máquina y su don. Nilda y Julio me llamaron y allá fui. Julio hojeaba el libro que le regalamos y donde uno de mis personajes femeninos le hace un homenaje en una de las páginas. Después nos firmó su *Rayuela* y lo revisó sonriente de encontrarlo tan usado, tan subrayado y con anotaciones en sus páginas. Fue-

ron unos minutos tan sólo, que parecieron segundos en la pista de los cien metros por la impaciencia de los funcionarios, pero el Cronopio se dio tiempo para comentarme sobre el Macetón Cabrera, quien ya de edad avanzada y rengueando se subía al ring a tumbar rivales. ¿Ya lo has visto pelear?, me preguntó Cortázar, qué maravilla. Lo solicitaban, lo apuraban, y Cortázar encogió los hombros, hizo un gesto de niño travieso que significaba “qué remedio”, se inclinó otra vez sobre Nilda y le dio un beso en la mejilla y a mí una palmada en la espalda. Y se lo llevaron. Y después Héctor García no encontraba las fotografías, se le revolviéron, por allí deben estar, las voy a buscar, a encontrar, nos prometía cada vez. Y en esa noche de un día antes, allí, en el estudio, Cortázar estuvo acompañándonos desde la fotografía de Cuéllar enmarcada en la pared. Comenzaba la madrugada. Le dijimos “chau”, apagamos la luz y nos retiramos del estudio. Y no olvidemos que “para llegar al Cielo se necesitan, como ingredientes, una piedrita y la punta de un zapato”. Mañana voy a abrir *Rayuela* otra vez, una vez más, me dije, entrar nuevamente en ese inicio mágico: “¿Encontraría a la Maga?”.

Me desperté temprano, con el recuerdo de cuando le pregunté a Cortázar de ese librito suyo que no figuraba en su bibliografía, con cuentos centrados en el boxeo, donde relataba el combate entre Luis Ángel Firpo y Jack Dempsey y la famosa cuenta larga que le impidió al Toro Salvaje de las Pampas convertirse en campeón de los pesos completos. ¿Existió, existía? Y Cortázar simplemente sonrió.

Y junto al café negro y mañanero, acompañado con *croissants*, de ese domingo siguiente a nuestro vino tinto con sabor a yerba mate de recuerdos, me puse a contarle a Nilda algo más de aquellas clases de literatura que ofrecí allá en el Centro Intercultural de Documentación: sí, en el Cidoc de Cuernavaca, el fundado por Iván Illich, pues yo fui el único profesor mexicano fijo en utilizar salones en esa segunda sección del Centro, dedicada especialmente para impartir clases de diversas cuestiones sociales. Sí, clases sobre la novelística mexicana de esos años y sobre los narradores de la sorpresiva literatura latinoamericana a estudiantes extranjeros venidos de universidades de todas partes del mundo. Y sí, por supuesto yo aprendía más de lo que podía enseñar-

les. Allí, aprovechando esa biblioteca que continuamente recibía novedades y con la anuencia del entusiasta Danny Sandford, guardián celoso de todos los libros, leí y estudié a Gabo Márquez, al impetuoso Carlos Fuentes, al deslumbrante Vargas Llosa, al críptico Juan Carlos Onetti, al fabuloso Lezama, a sus predecesores y a sus continuadores que cada quien y a su manera iban extendiendo las visiones y razones de unos territorios que abrían sus puertas y ventanas como una tormenta generosa y diferente sacudiendo el panorama de la escritura en muchas partes, y continuamente iba y regresaba con la *Rayuela* de Cortázar, saltando de un cuadrado a otro, y a veces tocaba raya en la lectura y a veces perdía el equilibrio con la pata coja y a veces creía situarme en el Cielo, pero siempre había que regresar a tierra sin perder el equilibrio. Y algo de eso les explicaba a mis alumnos, que por lo regular eran más mujeres que hombres, y una de mis proposiciones era de que en el capítulo o cuadrado donde cayera la piedra de su lectura ellos podrían estar con los dos pies apoyados o con uno alzado y lo de atrás era el pasado de la historia, de la narración, y lo que estaba adelante era el futuro, porque cada capítulo era el presente y por lo tanto no podían detenerse en ninguna línea ya que, como los niños entienden ese juego, no puede haber descanso ni pausas en ese viaje donde hay que saltar todos los obstáculos para llegar a la comprensión, y Julio Cortázar alguna vez había dicho que esa novela publicada en sus cincuenta años “significaba la experiencia de toda una vida y la tentativa de

llevarla a la escritura”. Qué felicidad y qué libertad sentía en esas horas hablándoles de Horacio, de Talita, de Traveler, de la Maga y su Rocamadour, del Club de la Serpiente y del intruso Morelli, avanzando por ese mandala donde había espacios para páginas convencionales y otros donde imperaba el aspecto poético que se cruzaba con momentos de epifanía para sacudir al lector con la puerta entreabierta hacia una otredad. Y una vez, le contaba a Nilda, labios de migas crocantes, que allí en el piso al final de la escalera de la segunda sección del Centro alguien pintó con gis rojo una rayuela y la cruzaban los alumnos, sobre todo las chicas, saltando a la pata coja y golpeando una piedra imaginaria antes de entrar al salón de clase y hacerme preguntas sobre *Rayuela*, sobre Cortázar, pues buscaban más interpretaciones de esa obligación del lector a participar y construir esa novela de posibilidades, pues aunque parecía la narrativa de un viaje sentimental para adolescentes en el camino era como la búsqueda constante al conocimiento del personaje y de uno mismo, y por ello estaba la posibilidad del encuentro del principio y del final para cada quien, y allí estaba yo hablando y gesticulando frente a los diez o doce alumnos cuando me di cuenta de que por segunda vez había asistido esa mujer sentada al fondo, en una esquina, en pantalones anchos y las piernas cruzadas, creo que calzada con botas, una especie de capa oscura cubriéndola, cabello negro y largo, cejas pobladas, una sonrisa tímida descubría unos labios largos y carnosos y su mirada era decidida y penetrante



Saúl Kammer, *Dos*, 2013



Gabriel Macotela, *Amor a Cortázar*, 2013

te. Y ese rostro perduró en mi recuerdo por muchos años, aunque tardé bastante en darle un nombre. Pretendí no prestarle mucha atención y seguí comentando sobre *Rayuela*, leí algunas partes del libro, escuché preguntas e intenté respuestas. La primera vez esa mujer había entrado ya comenzada la clase, estuvo un rato y se salió imperceptiblemente, aunque esta vez estaba en su lugar desde el principio y cuando di por terminada la sesión, aunque todavía se prolongaron las risas y los comentarios de los alumnos, ella se levantó y comenzó a dirigirse con pasos lentos a la puerta, allí se detuvo y antes de salir giró su cuerpo y su mirada hacia mí para hacer una especie de leve reverencia, por supuesto dirigida hacia ese creador de retos y búsqueda de un hombre nuevo y de la Maga. Sólo esas dos veces la vi allí por el Centro. ¿Y quién era?, preguntó Nilda. Lo supe hasta varios años después, cuando don Joaquín Díez-Canedo me regaló un libro que tenía a la mano en su escritorio, en una visita que le hice para regalarle unos soldaditos de plomo que había comprado para él. Era una novela, *Estuche de muerte*, cuya autora era Susan Sontag. Era ella. Y con el tiempo supe que en esa temporada había ido a Cuernavaca a visitar a Iván Illich, y de sus libros por supuesto me convertí en un fiel lector.

Y esa mañana de aquel domingo del doce de febrero se dejó escuchar la llamada del teléfono. ¿Ya te enteraste, ya lo sabes? Lo acaban de anunciar en la televisión. Y Leonor me dio la noticia: había fallecido Cortázar. Se fue Cortázar. Cerró la puerta. Se fue. Era cierto. “La

muerte es un escándalo”, había dicho tiempo atrás el Cronopio. El teléfono siguió sonando después, en los intervalos en que Nilda y yo llamábamos a otras partes, las líneas se cruzaban, de allí a Santa Fe en el sur de Estados Unidos, a Buenos Aires, del Uruguay para acá, de aquí para Cuernavaca, de París a otras partes, las líneas se juntaban y se entrecruzaban como hilos de pesar y abandono en un territorio sin fronteras. Cortázar, Julio, el Cronopio, el escritor, el amigo, el camarada, se repetía por todas partes. Antes de que Nilda pudiera levantar el teléfono para hacer una nueva llamada, su timbre resonó una vez más, lo levanté. Una voz femenina y extranjera, desconocida, alcanzó a decirme “en algún día o alguna muerte o algún encuentro hay una llave”, sólo eso antes del sollozo y de colgar. Dejé a Nilda avisándole a otras personas, me dirigí al estudio para encender un cigarrillo, para mirar el retrato de Cortázar y llorar a solas. Pero la fotografía de Rogelio Cuéllar no estaba en su lugar. Allí había un vacío, una pared blanca. Estaba abajo, en el piso, caída directamente, inclinada sobre la pared. La mirada triste del Julio. La levanté, pero no había ningún pequeño clavo para poder volver a colocarla en su sitio, no estaba tampoco abajo, en ningún sitio, en ninguna parte a pesar de mi cuidadosa y paciente y ansiosa búsqueda. Me senté en el suelo, la espalda recargada en la pared, encendí un cigarrillo para acompañar al camarada en su fumada del habano. No nada más una piedrita y un zapato, mi entrañable Julio, tal vez sólo te faltaba un pequeño clavo. Tal vez.